

CIENCIA FICCIÓN

Samuel R. Delany

DHALGREN-I

Prisma, espejo, lentes

Primero fue Forastero en tierra extraña; luego Dune; y ahora por fin, la más importante novela de amor y terror en los confines del tiempo. —Frederik Pohl.



U *grandes éxitos*
BOLSILLO

Con un pie descalzo, sus deformes manos y su mente en una nube, llegó a la Ciudad. Ni siquiera sabía su propio nombre, ni cómo ni porqué había llegado hasta allí. Lo desconocía todo sobre Bellona y la extraña cualidad que le convertía en algo distinto de todo el resto del mundo. ¿Qué le había ocurrido a la metrópolis? ¿Una catástrofe, un ataque nuclear, una plaga? Nadie lo sabía, y al parecer a nadie le importaba. Pero Bellona estaba allí: restos de un pasado que se fue, un enigma abierto ante él, que ni siquiera sabía quién era ni cómo se llamaba. Pero en su mente flotaban insistentemente una palabras: «He venido a herir la ciudad otoñal...».

NOTA IMPORTANTE sobre la versión digital. Este libro tiene una particular composición (son dos textos diferentes en la misma página, por lo que si se va a leer en pantalla hay que hacerlo en Vista Diseño de Impresión, en cualquier otra Vista puede 'desaparecer' el texto secundario (es una forma de hablar). En esta edición ePub estos textos se han colocado en cursiva.

Otra característica singular de este libro es que muchas veces el texto queda como colgando, sin haber acabado el párrafo con su punto y aparte convencional y luego empieza otro nuevo sin mayúsculas, no debes preocuparte, no es un error de escaneo o corrección, el texto es así.

Este libro acerca de muchas cosas tiene que ser para
muchas personas.

Algunas de ellas son:

Joseph Cox, Bill Brodecky, David Hartwell, Liz Landry,
Joseph Manfredini, Patrick Muir, John Herbert McDo-
well, Jean Sullivan, Janis Schmidt, Charles Naylor, Ann
O'Neil, Baird Searles, Martin Last, Bob y Joan Thrus-
ton, Richard Vriali y Susan Schweers y Judy Ratner y
Oliver Shank, y también Thomas M. Disch, Judith Me-
rrill, Michael Perkins, Joanna Russ, Judith Sherwin y
Marilyn Hacker.

«Habéis confundido lo verdadero y lo real.»

GEORGE STANLEY / *In conversation*

I

Prisma, espejo, lentes

Capítulo 1

... herir la ciudad otoñal.

Aullarlo así para que el mundo le dé un nombre.

La absoluta oscuridad respondió con viento.

Todo lo que vosotros sabéis lo sé yo: tambaleantes astronautas y empleados de banca mirando el reloj antes de la comida; actrices arreglándose el pelo delante de espejos rodeados de luces y operadores de montacargas aplastando pellas de grasa sobre la manija de acero; revueltas estudiantiles; sé que las sombrías mujeres en los sótanos agitaban la cabeza la semana pasada porque en seis meses los precios han subido desorbitadamente; cómo sabe el café después que lo has mantenido en tu boca, frío, durante todo un minuto.

Durante todo un minuto permaneció en cuclillas, aplastando los guijarros con su pie izquierdo (el desnudo), escuchando el sonido de su respiración caer por los rebordes.

Más allá de un tapiz de hojas palpitaba la reflejada luna.

Se frotó las palmas contra el dril. Allá donde estaba, todo permanecía quieto. En algún otro lugar gemía el viento.

Las hojas hicieron guiños.

Lo que había sido viento se transformó en un movimiento entre los matorrales, allá abajo. Su mano fue en busca de la roca que tenía detrás.

Ella se puso en pie unos seis metros más abajo, allá delante, recubierta sólo por las sombras que derramaba la luna desde el arce; se movió, y las sombras se movieron sobre ella.

El miedo hormigueó en su costado, allá donde la camisa (le faltaban los dos botones del medio) se hinchaba con la brisa. Un músculo se tensó descendiendo por la parte posterior de su mandíbula. El negro pelo intentó ocultar los surcos que el miedo labraba en su frente.

Ella susurró algo que era todo aliento, y el viento trajo las palabras y se llevó el significado.

—Ahhhhh... —de ella.

Él expulsó violentamente el aire: fue casi una tos.

—... Hhhhh... —de nuevo ella. Y una risa; que tenía una docena de filos, un alegre gruñir bajo la luna— ... hhHHhhhh... —con más sonido del que parecía, quizá incluso fuera su nombre. Pero el viento, el viento...

Ella avanzó.

El movimiento redispuso las sombras, desnudando un pecho. Un rombo de luz incidió sobre un ojo. Tobillo y pantorrilla se iluminaron ante las hojas.

En la parte inferior de su pierna había una cicatriz.

Él apartó el pelo de su frente y lo echó hacia atrás. Observó como el de ella caía hacia delante. Avanzaba al compás de su pelo, pisando las hojas secas, los dedos de los pies abiertos sobre la piedra, como de puntillas, abandonando las sombras más densas.

Acuclillado sobre la roca, él ascendió las manos a lo largo de sus muslos.

Sus manos eran horribles.

Ella pasó junto a otro árbol más próximo. La luna arrojaba monedas de oro sobre sus pechos. Sus oscuras areolas eran amplias, sus pezones pequeños.

—¿Tú...? —Dijo esto de una forma suave, a tres pasos de distancia, con la vista baja; y él aún no podía captar su expresión por entre el moteado de las hojas; pero sus pó-

mulos eran orientalmente altos. *Era* oriental, se dio cuenta, y aguardó otra palabra, a la espera del acento. (Podía distinguir el chino del japonés.)— ¡Has venido! —Era un acento estándar del medio oeste—. ¡No sabía si vendrías! —La sonoridad de su voz (una clara y susurrante soprano) decía que algo de lo que él había creído que era movimiento entre las sombras había sido sólo miedo—. ¡Estás aquí! —Se dejó caer de rodillas entre un rumor de follaje. Sus muslos, duros delante, más suaves (podía afirmarlo) en los lados, con una columna de oscuridad entre ellos, estaban a pocos centímetros de sus encallecidas rodillas.

Ella tendió una mano hacia delante, con dos dedos extendidos, echó hacia atrás cruda lana y tocó su pecho; deslizó sus dedos hacia abajo. Pudo oír su propio e hirsuto pelo.

La risa hizo alzar el rostro de ella hacia la luna. Se inclinó hacia delante; el olor a limones llenó el espacio sin brisa. Su redondo rostro era apremiante, sus cejas no orientalmente densas. Calculó que tendría unos treinta años, pero las únicas arrugas eran unas, muy pequeñas, en torno a su boca.

Giró su propia boca, abierta, hacia la de ella, y alzó las manos en busca de los lados de su cabeza hasta que el pelo las cubrió. Los cartílagos de sus orejas eran ardientes curvas en sus palmas. Sus rodillas resbalaron entre las hojas; eso la hizo parpadear y reír de nuevo. Su aliento era como la luna y olía a limones...

La besó; ella sujetó sus muñecas. La carne unida de sus bocas cobró vida. La forma de los pechos de ella, su mano medio sobre su pecho y medio sobre la lana; se sintió perdido con el peso de ella apoyado contra él.

Sus dedos se encontraron y se enredaron a la altura de su cinturón; un jadeo burbujeó en mitad de su beso (su corazón latía fuertemente), escapó al aire.

Se tendieron.

Ella agitó rudamente con la punta de los dedos la cabeza de su miembro contra su hirsuto pelo, mientras un mús-

culo de su pierna se agitaba debajo de él. De pronto, él se deslizó dentro de su ardor. La sujetó firmemente por los hombros cuando los movimientos de ella empezaron a hacerse violentos. Uno de sus puños permanecía como una pequeña roca encima de uno de sus pechos. Y hubo un rugir, un rugir: en el largo y sorprendente orgasmo, las hojas susurraron al compás a todo su alrededor.

Más tarde, tendidos de lado, crearon un rincón cálido con sus mezcladas respiraciones. Ella murmuró:

—Eres apuesto, creo. —Se echó a reír, sin abrir los labios. Miró de cerca uno de sus ojos, miró el otro (él parpadeó), observó su barbilla (tras sus labios, él apretó los dientes para encajar su mandíbula), luego su frente. (Le encantaba el olor a limón de ella)—. Apuesto —repitió.

Preguntándose si sería cierto, él sonrió.

Ella alzó su mano hacia la calidez, una mano con pequeñas uñas blancas, acarició con un dedo el lado de su nariz, murmuró algo contra su mejilla.

Él sujetó su muñeca.

Ella preguntó:

—¿Tu mano...?

Él la colocó tras el hombro de ella para atraerla más cerca.

Ella se retorció.

—¿Le ocurre algo a tu...?

Él agitó la cabeza contra el pelo de ella, húmedo, frío, lo lamió.

A sus espaldas el viento era frío. Bajo el pelo, la piel de ella estaba más caliente que su lengua. Colocó sus manos en la cálida cavidad entre los dos cuerpos.

Ella se apartó.

—¡Tus *manos*...!

Venas como lombrices serpenteaban por entre el vello. La piel era seca como cemento; los nudillos gruesos y callosos, llenos de costras. Los deformados pulgares descansaban entre los pechos de ella como sapos.

Ella frunció el ceño, alzó sus propios nudillos hacia los de él, se detuvo.

Bajo la luna, en el mar del cuerpo femenino, los dedos de él eran sarmentosas penínsulas. Hundido en el promontorio de cada uno de ellos había un casi inexistente, profundamente mordisqueado, quitinoso pecio.

—¿Tú...? —empezó a decir él.

No, las de ella no estaban deformadas. Pero eran... ¡feas! Alzó la vista. Los ojos de ella parpadearon, brillantes.

—¿...sabes mi...? —Su voz se endureció—. ¿Quién soy?

El rostro de ella no era sutil; pero su sonrisa, pesarosa y situada casi toda en un lugar entre sus cejas y sus párpados, confundía.

—Tú —dijo, con voz fuerte y formal (pero el viento seguía borrando los armónicos)— tienes un padre. —Su cadera era cálida contra el vientre de él. El vello que había creído suave era ahora una hoja que mantenía a raya sus ingles—. ¡Tienes una *mmadrr!* —Eso fue la mejilla de él contra su boca. Pero ella apartó el rostro—. Eres... —colocó su pálida mano sobre la enorme de él (Unas manos *tan grandes* para un pequeño mono como él, había dicho alguien cariñosamente; lo recordaba muy bien) que descansaba sobre sus costillas— apuesto. Has venido de algún lado. Vas a algún lado. —Suspiró.

—Pero... —Tragó las cosas que ascendían por su garganta (no era *tan* pequeño)—. He perdido... algo.

—Las cosas te han hecho lo que eres —recitó ella—. Lo que eres te convertirá en lo que serás.

—¡Quiero que vuelva algo!

Ella se echó hacia atrás para apretarse más contra él. El frío pozo entre el vientre de él y la rabadilla de ella desapareció.

—¿Qué es lo que no tienes? —Le miró por encima del hombro—. ¿Cuál es tu edad?

—Veintisiete.

—Tienes el rostro de alguien más joven. —Dejó escapar una risita—. *Creí que tenías... ¡dieciséis!* Pero tus manos son las de alguien mucho más viejo...

—¿Y miserable?

—... y cruel de lo que creo que eres. ¿Dónde naciste?

—En la parte norte del estado de Nueva York. No conocerás la ciudad. No estuve mucho tiempo allí.

—No, probablemente no la conoceré. Estás muy lejos de allí.

—He estado en Japón. Y en Australia.

—¿Eres instruido?

Él se echó a reír. Su pecho sacudió el hombro de ella.

—Un año en Columbia. Casi otro en una universidad comunitaria en Delaware. Ningún título.

—¿Qué año naciste?

—Mil novecientos cuarenta y ocho. También he estado en América Central. México. Acabo de regresar de México y...

—¿Qué quieres cambiar en el mundo? —siguió recitando ella, mirando hacia otro lado—. ¿Qué deseas preservar? ¿Qué es lo que estás buscando? ¿De qué huyes?

—Nada —dijo él—. Y nada. Y nada. Y... de nada, al menos que yo sepa.

—¿No tienes ninguna finalidad?

—Quiero llegar a Bellona y... —Se echó a reír—. Mi finalidad es la misma que la de todo el mundo; en la vida real, al menos; dejar transcurrir el siguiente segundo, conscientemente intacto.

El siguiente segundo transcurrió.

—¿De veras? —preguntó ella, lo suficientemente real como para hacer que él se diera cuenta de la artificialidad de lo que había dicho (pensando: hay un peligro en el transcurso de cada uno)—. Entonces alégrate de no ser solamente un personaje garabateado en el margen del perdido bloc de notas de algún otro: te sentirías mortalmente aburrido. ¿No tienes *ninguna* razón para estar aquí?

—Llegar a Bellona y...

Cuando no dijo nada más, ella prosiguió:

—No tienes que decírmelo. ¿Así que no sabes quién eres? Averiguar eso tiene que ser mucho más fácil que bajar todo el camino desde la parte norte del estado de Nueva York, pasando por el Japón, hasta aquí. Ahhh... —y se detuvo.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué?

—Bueno, si hubieras nacido en el mil novecientos cuarenta y ocho, tendrías que tener más de veintisiete años.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Oh, demonios —dijo ella—. No tiene importancia.

Él empezó a sacudir su *brazo*, lentamente.

Ella dijo:

—Yo nací el mil novecientos cuarenta y siete. Y tengo *muchos* más de veintiocho años. —Parpadeó de nuevo hacia él—. Pero eso no tiene realmente imp...

Él rodó sobre sí mismo encima de las densas hojas.

—¿Sabes quién soy? —La noche tenía un color entre diáfano y nublado—. Viniste aquí a mi encuentro. ¿No puedes decirme cuál es mi nombre?

El frío se extendió como mantequilla por su costado, allá donde había estado ella.

Ella giró la cabeza.

—¡Ven! —Mientras se sentaba, su pelo serpenteó hacia él. Un puñado de hojas le golpeó el rostro.

Él se sentó también.

Pero ella ya había echado a correr, y sus pies pisaban y pisaban los charcos de luna.

Él se preguntó dónde se habría hecho aquella cicatriz.

Tomó sus pantalones, metió los pies en ellos, *agarró* su camisa y su única sandalia, se puso en pie...

Ella estaba dando ya la vuelta al reborde rocoso.

Hizo una pausa para subirse la cremallera y sujetar las dos hebillas gemelas del cinturón. Ramitas y grava mordisquearon sus pies. ¡Ella corría tan aprisa!

La alcanzó cuando ella miraba hacia atrás, apoyó su mano en la piedra..., y la retiró: la superficie de la piedra estaba húmeda. Contempló la apelmazada tierra en el amarillo muslo y talón.

—Aquí... —Ella señaló hacia el interior de la cueva—. ¿Puedes verlo?

Él fue a tocar su hombro, pero no.

Ella dijo:

—Adelante. Entra.

Dejó caer su sandalia: un rumor de matorrales. Dejó caer su camisa: eso amortiguó el rumor.

Ella le miró expectante, se apartó a un lado.

Entró: musgo en sus talones, roca húmeda en las yemas de los dedos. Bajó el otro pie: roca húmeda.

Su aliento se estremeció. Algo seco rozó su mejilla en la gelatinosa oscuridad. Alzó la mano: una planta trepadora, muerta, de crujientes hojas. Se tambaleó: cosas desconocidas resonaron horriblemente muy por encima de su cabeza. Con visiones del mortal reborde, deslizó su pie hacia delante. Sus dedos hallaron: un tronco de corteza suelta..., un montón de hojas húmedas..., el estremecimiento del agua... Otro paso, el agua lamió su pie. Otro paso más:

Sólo roca.

A su izquierda, un flamear.

Un paso más, y el flamear fue naranja en torno al borde de algo: la pared de un nicho de roca, con sombras como techo al siguiente paso.

Más allá de una rama muerta, un cuenco de cobre ancho como un neumático de coche había ardidido casi por completo en cenizas. Algo en el fuego que aún quedaba restalló, derramando chispas sobre la húmeda piedra.

Allá delante, donde el flamear se filtraba hacia arriba hasta la estrecha cortadura, algo atrapó y empujó hacia

atrás el centelleo.

Trepó rodeando un peñasco, hizo una pausa; el eco de su respiración y el fuego arrojaban indicaciones del tamaño de la caverna. Calibró el ancho de una hendidura, dio un salto, cayó en el lado contrario. Algo se soltó bajo sus pies. Oyó el quejido de piedras pequeñas rebotando roca abajo, como un tartamudeo, como susurros..., y silencio.

Luego: ¡un chapoteo!

Encajó los hombros; había supuesto que sólo tenía un metro o así de profundidad.

Tuvo que trepar largo rato. Una pared, de cinco metros de altura, lo retuvo por un tiempo. Fue hacia un lado y trepó por los cada vez más desiguales salientes. Halló un grueso reborde que, se dio cuenta cuando se izó a él, era en realidad una raíz. Se preguntó qué tipo de raíz, y alcanzó el borde.

Algo hizo ¡Hiiic! suavemente, a quince centímetros de su nariz, y se escurrió por entre viejas hojas.

Tragó saliva, y el hormigueo que se había apoderado de sus hombros menguó. Se izó el resto del camino, y se puso en pie:

La vio en una hendidura que se inclinaba hacia unas sombras sin techo.

Un extremo rodeaba un penacho de helechos.

Tendió la mano hacia ella; su cuerpo bloqueó la luz del brasero de abajo: el resplandor cesó.

Sintió una aprensión distinta a la de lo inesperado que había visto antes o se le había revelado accidentalmente detrás. Buscó algún signo físico que la convirtiera en algo real: una respiración acelerada, un corazón latiendo más lento. Pero lo que captó era tan insustancial como una disyunción del alma. Alzó la cadena; un extremo cloqueó y destelló sobre la piedra. Se volvió con ella para captar el resplandor naranja.

Prismas.

Algunos de ellos, al menos.